

La Delincuencia Juvenil en EE. UU.

A creer a la prensa sensacionalista, en Nueva York se ha desatado una ola de locura criminal entre los jóvenes. El pasado verano, sobre todo, abundaron los asesinatos con toda clase de armas blancas tales como estochos, puñales, etc., y armas de fuego, cometidos por bandas de jóvenes gangsters organizados en pandillas. Las víctimas fueron indefensos muchachos, en ocasiones ajenos totalmente a toda organización terrorista. Un crimen cometido contra un joven de un barrio provocaba otro segundo crimen en venganza del primero. A veces la policía interceptó en el último momento el avance en son de guerra de una partida armada que pretendía irrumpir violentamente en los "terrenos" de otra, preparada a su vez para recibirlos convenientemente.

Todo ello no es algo nuevo en la historia de esta ciudad. La policía conoce muy bien esos grupos y los distingue por sus pueriles y terroríficas denominaciones tales como "los Asesinos", "Los Pecadores", sabe dónde se reúnen y está habituada ya a dedicar parte de sus efectivos al control de este mal social. Según sociólogos eminentes, como el jesuita P. Fitzpatrick, consta en las crónicas de tiempos antiguos que este fenómeno se ha producido siempre que ha llegado a la ciudad una nueva ola de inmigrantes, sean irlandeses, italianos o negros. Ahora les ha tocado su vez a los hispanos procedentes de Puerto Rico, con la diferencia de que antes las rivalidades de barrio o de raza se liquidaban a puñetazos o a lo más a palos, mientras que ahora resuelven sus diferencias a estocadas o a tiros.

Pero el que el mal sea crónico no le quita nada de su terribilidad y no es extraño que la publicidad con que cierta prensa lo ha distinguido haya servido para levantar un sentimiento de horror e indignación entre los actuales habitantes de Nueva York; horror que ha culminado casi en el histerismo.

No todos los crímenes llegan a las columnas de la prensa (que oculta cuidadosamente el hecho o por lo menos el color de la piel cuando se trata de crímenes cometidos por negros)

pero la coincidencia de que en un buen número de los cometidos últimamente (y de los más repugnantes) se hayan visto envueltos los puertorriqueños, ha creado contra ellos un ambiente de hostilidad perfectamente comprensible y ante el clamor público las autoridades del Estado y de la Ciudad de Nueva York se han visto obligadas a tomar más en serio el problema y a estudiar las posibles soluciones al mismo.

Con todo, sería un grave error suponer que esta flor negra del crimen se cultiva tan solo entre los negros o los últimos y más pobres de los inmigrantes. "Una visita a cualquier estación de policía, a una prevención o a un centro de estupefacientes en Nueva York o en otra de las grandes ciudades de EE.UU. —dice la revista "América" (1)— mostraría lo poco fundada de esta explicación. No se puede atribuir a ningún erradicado procedente del Sur o de las islas del Caribe por ejemplo, los actos de vandalismo, de desaparición de automóviles o promiscuidad sexual de los delincuentes de raza blanca que pertenecen a familias de la clase media establecidas hace ya mucho en el país y que habitan cómodas viviendas en los distritos más elegantes de nuestras ciudades".

Según el Juez Leibowitz de Nueva York, la situación actual de esta ciudad se debe en parte a que este Estado es uno de los que se muestra más generoso en la ayuda a los necesitados. Mientras la casi totalidad de los Estados no extienden los beneficios de la asistencia pública sino a aquellos que llevan por lo menos un año de residentes, en Nueva York no se requieren más de 24 horas. Ello constituye una manera de elección al revés y un poderoso imán que atrae a la ciudad muchas personas ineptas para trabajar y ganarse su sustento y otras que positivamente rehuyen el trabajo, sean negros del Sur, sean isleños de Puerto Rico, sean ciudadanos de otros Estados de la Unión. La consecuencia es un aumento enorme en el gasto público y un descenso no menos considerable en la moral pública.

Leibowitz aboga por la reforma de la legislación. Pero es muy poco probable que ni Republicanos ni Demócratas se decidan a esto, ya que los políticos consideran este incremento de la población como un medio de asegurarse la mayoría electoral y por

"América", Set. 26, 1959, pag. 760

nada del mundo quisieran perder la popularidad oponiéndose a estos beneficios. Muy al contrario: parece ser que este aflujo se procuró y fomentó decididamente por Marcantonio y otros políticos demócratas con fines puramente electorales.

El aumento del número de policías, recomendado por el New York Times y aplicado ya por el Alcalde Wagner, no puede considerarse como un remedio, sino como una medida de emergencia en tanto no se consigue secar la fuente de donde mana tanta podredumbre.

El Gobernador Rockefeller, con mayor visión, opina que hay que hacer responsables a los padres del descuido en que dejan a sus hijos. Pero, ¿qué influjo pueden tener el padre o la madre que pasan el día entero en su trabajo lejos de la casa? ¿Qué autoridad cuando el divorcio o las uniones temporales fuera de toda ley sustituyen al matrimonio cristiano, como ocurre aquí? ¿Qué atracción puede ejercer el hogar paterno cuando está constituido casi siempre por una habitación estrecha e incómoda en la que vive toda la familia hacinada? El resultado de todo ello es que los menores de edad se mantienen alejados lo más posible, y a veces de modo definitivo, de todos posible influjo saludable, ya que la misma escuela (cuando van a ella), por prescindir de la formación moral y religiosa, poco puede hacer en este sentido!

El Comité de Directores Religiosos de la Ciudad de Nueva York expuso a la consideración del Alcalde Wagner otras raíces más profundas del mal. En un informe que redactó un grupo de ministros evangélicos, rabinos y sacerdotes católicos pertenecientes a esta organización que agrupa a 104 miembros, bajo la presidencia de Msgr. Donnellan, Canciller de la Archidiócesis de Nueva York, se denuncia el nefasto influjo que viene ejerciendo en la juventud neoyorquina la inmoralidad provocativa de films, programas de televisión, libros y hasta anuncios en los que se explota la tendencia sexual como un incentivo para atraer a los lectores. Añade el informe que existen otras dificultades con las que tropieza todo esfuerzo moralizado: rtales son la confusión reinante entre los jueces sobre lo que debe considerarse como indecente, la lentitud del procedimiento judicial que permite la difusión de la literatura denunciada

como inmoral mientras dura el proceso, y en tercer lugar el recurso a la famosa libertad de prensa para poder cubrir bajo su protección toda mercancía averiada. El temor, a veces rayano en el ridículo, de ser acusado como "enemigo de la Libertad" es en este país algo que paraliza hasta los esfuerzos mejor intencionados.

El Comité citado hizo una serie de sugerencias muy convenientes en orden a remediarlo:

1. Toda literatura pornográfica o indecente debe considerarse como un verdadero mal social, destructora de los valores necesarios a toda estructura social que se considere verdaderamente consciente.

2. Debe hacerse responsables a los directores, editores y distribuidores de todo cuanto aparezca en las revistas que publican o distribuyen.

3. Debe apoyarse decididamente a todas las entidades organizadas con el fin de obtener la aplicación de las leyes existentes en esta materia.

4. Se debe instruir al público sobre los peligros de la pornografía y crear de este modo un clima de opinión contrario a la divulgación de tales publicaciones.

Pero para que la labor resultara eficaz habría que comenzar por sanear el mismo Tribunal Supremo Federal, en el cual hay miembros que pretenden considerar (como Warren) toda medida en sentido moralizador como un verdadero ataque al derecho a la libertad de expresión. Dicho Tribunal dejó sin efecto no hace mucho la resolución del Estado de Nueva York por la que se prohibía la proyección de un film que pasaba ya de indecente. El mismo Tribunal suprimió totalmente una sección del Código Penal del Estado de Pensylvania en la que se habían apoyado los defensores de la moralidad pública para castigar un delito semejante a éste.

Otro detalle que dice mucho sobre lo difícil que resulta perseguir la inmoralidad y lo poderosos que son los que la protegen, se puede ver en la lucha que los católicos vienen sosteniendo con varia fortuna para impedir que estos corruptores de la juventud americana puedan al menos servirse del correo para su lucrativa industria. Después de haber sido derrotados una vez, hay grandes esperanzas de que se vuelva a poner en vigor la antigua prohibición.

Ante tanta confusión parecerá menos extraño el que el Comité de Directores Religiosos haya tenido que comenzar por asentár como verdad primaria y fundamental esta tan obvia de que "la Moralidad no es tan solo un asunto privado ni una materia opinable de tipo religioso".

El Comité insiste también, aunque un poco tímidamente, en la necesidad de complementar las materias de enseñanza en las escuelas públicas con una formación moral y espiritual que ahora no existe; y facilitar lo más posible la instrucción religiosa dada en iglesias y sinagogas como parte integrante de la formación de los niños y jóvenes.

"Si existe una causa común a la delincuencia juvenil y a los excesos del gangsterismo, ésta no es otra que la equivocación que hemos cometido al no ofrecer a nuestra juventud una conveniente base moral y espiritual", dice la revista "América". Y añade en el lugar citado anteriormente: "A la larga, solo el hogar y la escuela pueden proporcionarles ese sentido moral, robustecido por las sanciones y el apoyo de la creencias religiosas".

Hasta qué punto se tendrán en cuenta estas recomendaciones por quienes pueden y deben poner remedio al mal, es cosa que solo el tiempo puede des-

cubrir. Lo que sí es cierto es que se tardará mucho en conseguir una mejoría apreciable, pues no en vano viene soplando sobre estas tierras desde sus orígenes el helado viento del laicismo oficial acompañado por un absurdo concepto de la libertad.

Por lo demás, el mismo problema de la delincuencia juvenil existe fuera de Nueva York con caracteres tan alarmantes o más que en esta ciudad y hasta en los campos. Y existe en otras naciones de Europa y América también. Lo cual quiere decir que el mal tiene muy hondas raíces y que no se le puede considerar como algo exclusivo de esta nación sin pecar de injustos. Lo mismo Alemania que Italia y Francia se encuentran alarmadas ante el enorme incremento sufrido estos últimos años por la cifra de menores sujetos a procesamiento. En mayor escala aún se está dando este fenómeno en el Japón. Y con relativa moderación, pero existente, en México y en Inglaterra.

Todo ello parece dar la razón a los que pretenden hallar en los horrores de las guerras pasadas, y sobre todo de la última mundial, el virus más violento de esta verdadera infección que sufre gran parte del llamado mundo civilizado.

Nueva York, Noviembre 1959.

SEBASTIAN MANTILLA, S. J.

